

Newt Gingrich y amigos reescriben los años 60 La venganza de los cuadrados

FRED BARNES

La hazaña menos conocida de Newt Gingrich como presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos es también la más reveladora: el golpe mortal a la exposición sobre el Enola Gay en el Instituto Smithsonian. Gingrich se sintió consternado ante esta muestra patrocinada por contribuyentes, que condenaba el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima en 1945 y simpatizaba con los japoneses. Se reunió con el secretario del Smithsonian, I. Michael Heyman en una ocasión, y habló con él por teléfono dos veces. Heyman captó el mensaje y negoció con Gingrich una alternativa: sólo se exhibiría el Enola Gay, aeroplano que dejó caer la bomba. Cuando se le preguntó acerca de sus objeciones para realizar la exposición, Gingrich declaró: "¿quiere decir aparte de que se trata de una historia inexacta, antiestadunidesa y distorsionada?" Si, aparte de eso. Bien, dijo Gingrich, es un reflejo de la "enorme presión que ha obligado a la élite del pensamiento a mostrarse antipatriótica, a despreciar la cultura de Estados Unidos, a reescribir la historia y a adoptar un conjunto de valores esencialmente destructivos".

Gran parte de lo que motiva a Gingrich y a su equipo de dirigentes cameraleos republicanos tiene cabida en el episodio del Enola Gay. Sus ambiciones van más allá del Contrato con Estados Unidos, y de sus reformas principalmente de procedimiento y económicas. Al mismo tiempo que están ansiosos por frenar la intervención del gobierno en la vida de Estados Unidos, les urge desarraigar aquellos valores que juzgan dañinos, en especial para los pobres. Usted sabe, valores tales como el pluriculturalismo, el relajamiento sexual, la falta de respeto hacia la religión y la ética del trabajo, y el desprecio por la enseñanza tradicional de la historia y el estilo de vida estadunidenses. Identifican estos valores con una élite liberal de izquierda que adquirió importancia durante la década de los años 60 y de la cual, según Gingrich, forman parte Bill y Hillary Rodham Clinton. Gingrich hace discursos sobre la "renovación de la civilización estadunidense" y habla sobre la restauración total del "sistema burgués que ha regido al país durante 200 años". No se trata de una broma. Su enemigo es "el modelo contracultural de la Gran Sociedad"; en otras palabras, los años sesenta.

Existe, además, otro componente de este retroceso contracultural. El equipo Gingrich —el dirigente de la mayoría Dick Armey; el jefe Tom DeLay, de Texas; el amigo de Gingrich, Bob Walker, de Pennsylvania, y el presidente de la Comisión de Asignaciones, Bob Livingston, de Luisiana, además del propio presidente de la Cámara— ha remodelado el conservadurismo y lo ha vuelto a poner de moda. Dado que el grupo de Gingrich es, por el momento, la fuerza que impulsa la política estadunidense, es probable que imponga su dogma sobre otros conservadores, sobre el partido republicano y tal vez sobre la mayoría de los estadunidenses. Ya el Senado se está llenando de simpatizantes. Muchos de ellos formaban parte de los grupos cameraleos de Gingrich: el jefe de la mayoría, Trent Lott, de Mississippi, Connie Mack, de Florida, Dan Coats, de Indiana. Lo que resulta irónico es que Gingrich y el resto se hayan formado durante los años sesenta, época cuyo legado desean extinguir. Son el reverso de la moneda de esa generación, que captó toda la atención de la prensa y de los historiadores.

¿En qué consiste la reinstrumentación de la ideología que sustenta este grupo? El punto

de arranque es Ronald Reagan. Gingrich define a los políticos conservadores como prereaganistas (por ejemplo Bob Dole, dirigente de la mayoría en el Senado) o posreaganistas (él mismo). Estos últimos se desarrollaron políticamente bajo el régimen de Reagan y ahora quieren actualizar su pensamiento. "Es como tomar un borrador y editarlo" dice Grover Norquist, asesor de Gingrich, quien encabeza a los estadounidenses en aspectos relacionados con la reforma fiscal. "Incluso con un gran trabajo de edición, sigue siendo un borrador, y es Reagan."

El principio número uno es la economía orientada a la oferta. Aunque Reagan se mostró poco consistente cuando redujo los impuestos sólo para volverlos a aumentar; los conservadores posreaganianos sienten una fobia contra los impuestos que raya en el fanatismo. A pesar de lo ávido que está el equipo Gingrich por eliminar el déficit, no piensa en aumentar los impuestos. ¿Por qué no? Según su modelo, ello resultaría contraproducente ya que baría más lento el crecimiento económico y reduciría los ingresos fiscales. Desde el punto de vista de la oferta, la solución sería reducir los impuestos, en especial sobre aumentos al capital, para estimular el crecimiento. El segundo principio consiste en una política social basada en ideas conservadoras de habilitación: cupones para la educación y la vivienda, zonas empresariales. El principio número tres es un compromiso con la nueva tecnología. El cuarto son los valores tradicionales. Otros principios son el libre comercio, el internacionalismo combinado con hostilidad hacia las Naciones Unidas y el apoyo a la guerra de las galaxias. A diferencia de Reagan, quien intentó enmendar la Ley de Derecho al Voto, el equipo Gingrich cree en los derechos civiles y en la igualdad racial. Pero la acción positiva y las preferencias raciales —ideas que nacieron durante los sesenta— son otro asunto.

Los posreaganistas vivieron los sesenta de manera diferente que sus hermanos y hermanas rebeldes. Los avatares ungidos por los medios de la época protestaron contra la intervención de Estados Unidos en Vietnam, esquivaron el reclutamiento, probaron las drogas, desafiaron los valores burgueses y jugaron con el radicalismo antes de integrarse de lleno a la corriente principal de la política de izquierda. Nadie del equipo de Gingrich participó en manifestaciones contra la guerra. Todo lo contrario, como ayudante de uno de los miembros de la Cámara de Representantes de Pennsylvania, el joven Walker a menudo se pronunció a favor de la guerra en los debates universitarios. Se sintió "conmovido profundamente" por el asesinato, en 1970, de cuatro manifestantes de la Universidad Estatal de Kent, en Ohio, perpetrado por elementos de la guardia nacional

pero eso porque, como miembro de la guardia de Pennsylvania, entrenado para controlar desórdenes, se identificó con los tiradores. "Bien pudo haberse tratado de nosotros ante una situación insostenible", afirma. DeLay, en sus tiempos de estudiante de la Universidad de Houston, participó en protestas contra la guerra, pero sólo para aplacar a los manifestantes. Livingston no quemó su tarjeta de reclutamiento —pasó dos años en la Marina— pero sí agitó en su mano volantes en contra de la conscripción durante una manifestación universitaria. Fue así como apareció en la primera plana del periódico estudiantil de la Universidad de Tulane, en pleno acto de destrucción. "Era yo contrarrevolucionario" declara.

Lo que resulta sorprendente acerca de los cinco dirigentes del Gran Partido (Republicano) es su homogeneidad. Todos se volvieron republicanos a edad temprana Gingrich a los 9 años, DeLay en la secundaria. Todos son coetáneos: Arme y es el mayor, con 54 años de edad, y DeLay el menor, con 48. Walker tiene 52 años, y Gingrich y Livingston cumplieron 51. Ninguno de ellos asistió a la Liga Ivy ni a escuelas de la élite.

Arme y terminó la licenciatura en el Jamestown College de Dakota del Norte, cursó la maestría en la Universidad de Dakota del Norte y realizó el doctorado en la Universidad de Oklahoma. Walker se graduó del Millersville State College de Pennsylvania, donde su padre impartía clases de historia. Livingston obtuvo el grado de licenciatura en leyes en la Universidad de Tulane. Por su parte, a DeLay lo expulsaron de la Universidad de Baylor, escuela bautista —su pecado fue bailar y pintar de verde los edificios de la institución rival A&M de Texas— y posteriormente se graduó en la Universidad de Houston. Gingrich cursó la licenciatura en la Universidad de Emory, en Atlanta, y realizó estudios de maestría y doctorado en historia en la Universidad de Tulane.

La contracultura naciente no afectó en nada a los integrantes del equipo. Gingrich es el único que fumó marihuana. ("Era la seña de que estábamos vivos y de que cursábamos un posgrado en esa época", dijo durante el programa "Encuentro con la prensa" de diciembre de 1994). Livingston dice: "el alcohol era lo nuestro". A DeLay le desagradaba "total y absolutamente" la contracultura. "No me convencía para nada". Al igual que sus compañeros, DeLay se casó joven justo después de su segundo año en la universidad. Gingrich tenía 19 años cuando se casó con su maestra de geometría de la preparatoria. Livingston se casó antes de terminar la licenciatura, y Arme y lo hizo el día que obtuvo su título (posteriormente Arme y Gingrich se divorciaron y volvieron a casarse). La rebelión y las protestas juveniles "estaban muy lejos de mi vida", dice Arme y. "El día que te casas es cuando en realidad piensas en cómo te vas a mantener. Estaba demasiado ocupado. Tenía que terminar mi tesis". En 1968, siendo maestro de economía, Arme y fijó su atención en un estudiante que se sentaba en la última fila y que casi siempre tenía la mirada perdida. Cuando se enteró de que el sujeto por lo general se daba un "toque" antes de entrar a clase, tuvo que preguntar qué era un "toque".

Como jóvenes conservadores, los miembros de la tropa Gingrich desarrollaron una creencia ferviente en el capitalismo empresarial, y en la política de *laissez-faire* en que éste se apoyaba. Sin embargo, sólo DeLay predicó con el ejemplo. Gingrich y Arme y fueron profesores universitarios antes de ingresar al Congreso; Walker fue maestro de escuela y asistente en el Congreso; Livingston, abogado a quien le parecía poco atractiva la práctica privada, pasaba más tiempo fungiendo como fiscal. Recién salido de la universidad, DeLay entró a trabajar en una planta de pesticidas en Houston. Cuando le negaron un aumento y su participación como socio de la empresa, renunció en 1973 y emprendió su propio negocio de control de plagas, o como él dice, "compré un camión y empecé a matar bichos". Los impuestos y los reglamentos me convirtieron en un "loco del libre mercado", dice DeLay. Sus impuestos de 1978 sobrepasaron su ingreso bruto de 1976. "Y siempre que giraba la cabeza aparecían reglas nuevas... en el fondo de mi alma creo en el capitalismo."

El parentesco ideológico entre estos miembros de la contracultura ha generado una extraordinaria unión entre ellos. Cambió el orden de las cosas tanto para los demócratas como para los republicanos: en el pasado, el presidente de la Cámara, el líder de la mayoría, el jefe y el presidente de la camarilla manejaban sus propios feudos. Apenas en 1992 los dirigentes del Partido Republicano se vieron penosamente divididos. Bob Michel operó de cierta manera como dirigente, y el entonces jefe Gingrich lo hizo de distinta forma. El presidente de la camarilla, Jerry Lewis y el jefe de la Comisión de Políticas, Mickey Edwards, tenían sus propios ducados. Eso empezó a cambiar cuando Arme y substituyó a Lewis como jefe de la camarilla en noviembre de 1992. "Hice a un lado el ego de Arme y y él hizo a un lado el mío", replicó Gingrich con agudeza. Para principios de 1993 el equipo Gingrich ya estaba integrado, sin Livingston, pero con un miembro joven,

Bill Paxon, de Nueva York, presidente de la Comisión de Campaña para el Congreso del Partido Republicano. Primero se reunían en secreto; pero para 1994 ya se habían convertido en el rostro público del resurgimiento del conservadurismo.

Al principio sólo estaba Bob Walker. Cuando resultó nuevamente electo en 1976 para sustituir a su jefe Edwin Eshelman, Walkman ya dejaba entrever la innovación retórica que se convertiría en el sello distintivo de los conservadores posreaganistas: la confrontación temeraria. Walkman se ofreció como voluntario para formar parte de la patrulla republicana—tres representantes del Partido Republicano encargados de hacerle la vida imposible a la mayoría demócrata. Explotando la táctica parlamentaria de "reservarse el derecho de objeción" se entrometían en la mayoría de los asuntos de la Cámara. Pronto los demócratas admitieron que si no se mostraban cautelosos tendrían que enfrentarse a Walker. Los dirigentes del Partido Republicano aprovecharon la coyuntura y utilizaron a Walker como pretexto para no cooperar con los demócratas. Señalando hacia Walker, decían: "nos gustaría cooperar, pero se armaría un gran alboroto".

Con la llegada de Gingrich en 1978, Walker obtuvo su primer gran aliado. "Se definió como un futuro militante y como alguien contra quien la dirigencia tendría que luchar", dice Walker. Tanto entonces como ahora, Gingrich desbordaba celo ideológico y partidista. Habló de salvaguardar la civilización estadounidense, de retar a la mayoría demócrata corrupta y de transformar las elecciones para el Congreso en un referéndum sobre cuestiones nacionales en lugar de locales. ¿Reconoce el lector estas frases inmortales del discurso de Newt? "Siempre se mostró poético con relación a lo cósmico", ha dicho su amigo de Atlanta, John Linder, quien empezó a trabajar con el Partido Republicano hace dos décadas. "Le dije que si pudiera embotellar su mercancía y venderla al ciudadano común se haría rico y famoso. Bueno, pues ya es famoso". Gingrich siempre fue mortalmente franco respecto de su programa. "Newt no es gracioso", dice Linder, quien resultó electo para el Congreso en 1992. "Newt es tan serio como un ataque cardíaco".

Newt se volvió una figura nacional en el otoño de 1980, cuando organizó un acto masivo del Partido Republicano en la escalinata del Capitolio. En él, Ronald Reagan, candidato presidencial, y los contendientes para el Congreso firmaron una agenda común. Fue el precursor del Contrato con Estados Unidos y logró captar la atención de los medios. Sin embargo, Walker y Gingrich todavía no existían en 1981 y 1982. Reagan ya era presidente y confiaba tanto en los dirigentes republicanos reconocidos como en los esquirols demócratas para hacer entrar en vigor su leysobre la reducción del gasto y de los impuestos. En 1982, no obstante, Gingrich reclutó a un nuevo hermano de armas, Vin Weber, de Minnesota. Posteriormente Gingrich, Walker y Weber tomaron una decisión audaz: formaron un grupo de retaguardia y lo bautizaron, de conformidad con su ideal político, como Sociedad de Oportunidad Conservadora, que resultó ser una experiencia de unión, y con ella las fuerzas de Gingrich alcanzaron una nueva marca. La visión de Walker fue crítica. "Estaba consciente de dos cosas", dice Weber, "número uno, la necesidad de llevar el debate de las comisiones al foro, y número dos, la importancia de la cadena de televisión por cable C-SPAN", que transmite todas las sesiones de la Cámara de Representantes. Walker descubrió que los discursos ante un recinto vacío, después de un día normal, atraían a una audiencia de 300 a 500 mil personas. Tenía sus admiradores. En Iowa, los devotos de C-SPAN formaron su propio club y Walker era su héroe. Jack Kemp, figura principal de los miembros de la Sociedad de Oportunidad Conservadora, argumentaba que C-SPAN era una pérdida de tiempo; pero Gingrich no estaba de acuerdo. Diariamente, al concluir las labores, Gingrich y sus amigos se reunían en una oficina del

fondo de la Cámara y se ponían de acuerdo sobre los asuntos que debían subrayarse. A menudo asolaban a los demócratas por obstaculizar los proyectos de ley o por bloquear el voto sobre medidas tales como la Enmienda para el Presupuesto Equilibrado.

La red C-SPAN produjo además un nuevo recluta: Armey. Durante los años setenta, época a la que Armey se refiere como "periodo de terror económico", se había sentido desilusionado con la corriente que seguía Estados Unidos. "Llegué a pensar seriamente en emigrar", declara. Pero a principios de los años 80, siendo profesor de economía en la Universidad del Norte de Texas, cerca de Dallas, se convirtió en espectador ávido de C-SPAN. Al observar a Gingrich y a los demás "caí en cuenta que se trataba de una partida de caballeros a la que me podía unir". También se había aburrido de la enseñanza. En 1984 se postuló para el puesto que ocupaba un demócrata popular, Tom Vandergriff, y ganó gracias a la redistribución distrital y a la ola de apoyo a la reelección de Reagan. Al llegar a Washington buscó a Gingrich. "Ronald Reagan me devolvió la esperanza", le dijo Armey. "Tú me diste un motivo para postularme". Por su parte, DeLay, quien se autodescribió correctamente como el "matabichos de Houston", resultó electo ese mismo año. Cuando los dirigentes del Partido Republicano en la Cámara de Representantes le aconsejaron apartarse de Gingrich y de sus revoltosos, DeLay, quien se mantuvo en la legislatura de Texas durante seis años, primero decidió contemporizar.

Sin embargo, para 1985 Gingrich estaba demostrando que no era necesario llevar la fiesta en paz para progresar en el Congreso. Un año antes, los miembros de la Sociedad de Oportunidad Conservadora arrollaron por completo los operativos de Reagan, e introdujeron un nuevo compromiso de no más impuestos en la plataforma del partido. En nada les perjudicó que los demócratas colocaran a Frank McCloskey como representante por Indiana a pesar de que los funcionarios electorales hubieran certificado que el republicano Richard McIntyre había triunfado. "Validó el mensaje de Gingrich", dice Weber; es decir, que los demócratas siempre le jugarían rudo a la minoría republicana y que los republicanos debían negarse a cooperar con ellos. En 1989, la persistencia de Gingrich logró que el entonces presidente de la Cámara de Representantes, Jim Wright, saliera del Congreso por motivos de ética. "Ello validó a Newt como persona y convenció a todo el mundo de sus cualidades como dirigente", dice Weber.

En el momento en que Dick Cheney renunció como jefe republicano de la Cámara en 1989 para convertirse en secretario de Defensa, Walker se comunicó a Georgia con Gingrich y le dijo: "por supuesto que te vas a postular". Gingrich resultó electo como jefe por un voto. (DeLay estuvo al frente de la campaña del oponente de Gingrich, Ed Madigan de Illinois. "Cometí un error", admitió después.) Como segundo republicano más importante, Gingrich difícilmente podía considerarse miembro del equipo. Cuando en 1990 se le llamó a la Casa Blanca para apoyar un compromiso financiero que consistía en un aumento a los impuestos, se negó. Salió solo de la Casa Blanca mientras el presidente Bush anunciaba el trato en una ceremonia en el Jardín de las Rosas. Bush se molestó, pero el desafío de Gingrich consolidó su poder en la Casa Blanca. Bob Michel seguía siendo dirigente de la minoría pero en la realidad Gingrich estaba al mando.

Después de las elecciones de 1992, también Armey trató de obtener un puesto de dirigencia; contendió con Jerry Lewis de California por la presidencia de la camarilla y ganó por tres votos. De haber perdido, insiste un asistente republicano, hoy en día el mundo sería otro. "Estaríamos hablando de quién aparecería en la foto, en la Casa Blanca de Clinton, de la ceremonia de firma de la ley bipartidista de atención a la salud". Mientras tanto, DeLay resultó electo para el puesto número 4, con lo que se generó una situación

potencialmente difícil. Aún así, DeLay era amigo íntimo de Armey, y Gingrich lo aceptó gradualmente como compañero de lucha —conservador, con una ideología firme y combativo en extremo.

El problema más delicado que enfrentó el equipo de Gingrich fue Michel, el opaco dirigente del Partido Republicano. Se rumoraba que Michel se retiraría en 1994; pero nadie lo sabía a ciencia cierta. Por otra parte, a principios de 1993 Michel empezó a presidir las reuniones de planeación a largo plazo de la jerarquía republicana. En las sesiones se divagaba, jamás se llegaba a una conclusión y se violaba la regla impuesta por el gurú de la dirigencia Peter Drucker, y cabildeada por Gingrich, en el sentido de que ninguna reunión debía prolongarse más de noventa minutos. Gingrich se irritaba (aunque como presidente, viola rutinariamente la regla de Drucker). A mediados de 1993, el mismo Gingrich, Armey, DeLay y Walker empezaron a reunirse secretamente en restaurantes de los alrededores de la colina del Capitolio. Los cruzados, los apodó un empleado del Partido Republicano. También los acompañaba Paxon, protegido de Gingrich cuando fungió como presidente de la Comisión de Campaña, y posteriormente John Kasich, de Ohio, presidente de la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Representantes. Weber estaba ausente, habiendo abandonado el Congreso en 1992. Al principio, Armey se mostró receloso; su lenguaje corporal era cauteloso. Se sentaba en una esquina del grupo. Pero después de unas cuantas reuniones se produjo un momento de unión. Armey preguntó: "¿Estamos en esto de manera permanente? ¿Nos estamos cuidando las espaldas unos a otros? Acordaron que jamás harían declaraciones no oficiales a los reporteros, ni se criticarían unos a otros. Y si alguno cometía un error, como Armey en el caso "Barney Fag", los demás lo apoyarían. La cruzada produjo dos cosas: la decisión de Gingrich de postularse como dirigente de los republicanos después de las elecciones de 1994, ya fuera que Michel se retirara (como lo hizo) o no; y el Contrato con Estados Unidos, documento republicano más importante desde *The Conscience of a Conservative* (La conciencia de un Conservador) de Barry Goldwater.

El último en unirse al grupo fue Livingston, electo para un puesto en la Cámara en 1977, después de que el titular fue encarcelado por fraude electoral. Livingston se sentaba junto a Gingrich en la Comisión de Obras Públicas y ambos sostenían la misma ideología. Además, él y Armey iban de pesca juntos. Livingston llegó tarde a las dos contiendas de Gingrich por la dirigencia, y éste no le debía nada. Sin embargo, Livingston satisfacía una necesidad. Gingrich quería que otro de sus protegidos, John Bohner, de Ohio, lo sucediera como presidente de la camarilla, puesto que Livingston había intentado obtener el otoño anterior. Gingrich también quería tener un presidente de la Comisión de Asignaciones que recortara el gasto con un cuchillo de carnicero y no con un escalpelo, así que hizo pasar a Livingston por encima de cuatro republicanos de vieja sepa, y lo convirtió de manera instantánea en uno de los miembros más poderosos del Congreso. El equipo había quedado integrado, listo para revertir los efectos de los años sesenta.

Fue Livingston quien dio a Gingrich la idea de hacer desaparecer la Corporación para la Difusión Pública, la Fundación Nacional para las Artes y la Fundación Nacional para las Humanidades. En noviembre de 1994 Livingston apareció frente al comité directivo del Partido Republicano ante la Cámara de Representantes para asegurarse la dirección de la Comisión de Asignaciones. Gingrich ya lo había anunciado, pero Livingston siguió adelante con su compromiso de recortar el gasto. Si no hubiera sido posible hacer desaparecer la Corporación para la Difusión Pública, la Fundación Nacional para las Artes y la Fundación Nacional para las Humanidades, los republicanos bien habrían podido

abandonar toda esperanza de frenar el gasto. "Era como una idea fija", dice Livingston. En unos cuantos días, Gingrich estaba proponiendo que se eliminaran estos tres organismos. Y mientras más lo pensaba, más le entusiasmaba la idea. La Corporación para la Difusión Pública sólo beneficia "a un puñado de gente rica que quiere un juguete", le dijo a Brian Lamb, de C-SPAN, en enero de 1995. La Fundación Nacional para las Artes "patrocina las actividades de una élite", y la Fundación Nacional para las Humanidades proclama normas históricas "que resultan destructivas para la civilización de Estados Unidos".

La desaparición de las tres organizaciones mencionadas le llamó la atención a Gingrich en dos niveles: el fiscal y el cultural. "Estoy en contra de ellas por motivos jeffersonianos", me confesó. "No estoy de acuerdo en que el gobierno tenga poder innecesario. Deberíamos plantearnos la siguiente pregunta sobre cada programa: ¿Es absoluta e inevitablemente necesario?" Las razones culturales —las tres instituciones se crearon durante la época de la Gran Sociedad, y con frecuencia fomentaron los valores de los años 60, que favorecían a una élite liberal— son sólo un factor marginal, aclara. Pero en lo personal tengo mis dudas. Según el análisis que Gingrich realizó sobre esa década, ("todo el sistema empezó a degenerar") la élite desempeña un papel clave. Según su definición, se trata de la presencia de los liberales en la política, los medios, la academia e incluso en ciertos círculos financieros que marcan la pauta y moldean la cultura. Gingrich está de acuerdo con la tesis que plantea Jeffrey Bell en *Populism y Elitism* (Populismo y elitismo); es decir, que la élite cambió su curso a partir de 1968, debido a la proliferación de protestas contra la guerra, a la pérdida de fe en Estados Unidos y en especial en la clase media, y empezó a asimilar los valores de la contracultura. Si se aceptan estas ideas, lo más natural es que se genere desconfianza en torno a la Corporación para la Difusión Pública, la Fundación Nacional para las Artes y la Fundación Nacional para las Humanidades.

En realidad, Gingrich desarrolló una teoría de la historia de Estados Unidos según la cual los años 60 representan un rompimiento crucial: "una interrupción". Desde 1607 hasta 1965 "existió un patrón central al que se apegó la historia de Estados Unidos. Es así como nos comportamos hasta que la Gran Sociedad lo embrolló todo: no trabajes, no comas; tu salvación es espiritual; por definición, el gobierno no te puede auxiliar; los gobiernos se mantienen y todas las reformas favorables están en transformación". Posteriormente, "de 1965 a 1994 hicimos cosas raras como país. Ahora eso ha quedado atrás y debemos recuperarnos. La contracultura fue una aberración momentánea en la historia de Estados Unidos que se considerará como un extraño periodo bohemio que alcanzó a las élites nacionales".

El problema de Gingrich con la contracultura y los años 60 no radica sólo en la actitud antiburguesa, que resume de la siguiente manera: "Si eres aburrido y mediocre, administras una tintorería y asistes a las reuniones de los Rotarios y de los Kiwanis, eres esencialmente banal". No, el verdadero problema, dice Gingrich, es que los valores de esos años "resultan, para efectos prácticos, extraordinariamente destructivos. Tener diversas parejas sexuales conduce al Sida. El uso de drogas, aunque inocuo para algunos, tiende a llevar a muchos a la adicción y finalmente a que arruinen su vida. La irresponsabilidad está bien si eres hijo de un millonario y puedes contratar a una nana; pero se convierte en tragedia si eres muy pobre y tu única esperanza para salir de la pobreza es no embarazarte. Revisa la lista". El propio Gingrich, en un acto retórico, continúa con la lista. "Una y otra vez, inculcaron valores autocomplacientes y aristocráticos sin darse cuenta de que si toda la sociedad participara de los privilegios de una élite, podría hacerse pedazos". Los compañeros de Gingrich están de acuerdo con él. "Para mí que todos los problemas empezaron en los

sesenta", dice Armev. ¿Pero puede el Congreso ayudar a sanar la cultura? Gingrich opina que sí. "Antes que nada, a través de la gente que se nombra como miembro del consejo de gobierno del Instituto Smithsonian. En segundo lugar, haciendo desaparecer aquellas instituciones que no resultan particularmente útiles. Tercero, realizando un esfuerzo activo en el propio Congreso para difundir cómo funcionan las cosas en Estados Unidos". Pero volviendo a lo que mencionó en primer término, el Smithsonian, Gingrich creó un puesto en el consejo del instituto para el miembro de la Cámara que provocará mayor indignación a los directivos del museo, Sam Johnson, de Dallas, piloto de combate de la Fuerza Aérea durante veintisiete años y prisionero de guerra en Vietnam durante siete. Fue Johnson quien alertó a Gingrich sobre la exposición del Enola Gay ("en pro de Japón") en el Museo del Aire y el Espacio. Ahora Johnson está visitando otros museos. Un buen número de conservadores, principalmente Bill Bennett, dudan que Washington pueda ejercer un impacto verdadero sobre la cultura, pero Johnson sí lo cree. "No veo por qué no. Si realizamos un buen trabajo con relación a la seguridad social, a la reducción del gasto y al recorte de programas que no son esenciales, eso afecta a la sociedad y a nuestra forma de vida. Esta legislatura tiene la oportunidad de cambiar el rostro de Estados Unidos. Newt encabeza la acción". Así es en realidad, y Gingrich dice que cuando el Congreso concluya sus trabajos de 1995 Estados Unidos será "un país diferente" y los años 60 serán una fuerza que se desvanece.

Traducción: Lourdes González Varela

Reproducido con la autorización de *The New Republic*, INC. 1995